



ARCHIVO GUMILLA

De la banalidad del mal y la importancia del diálogo

Venezuela tiene que dialogar

Hildebrand Breuer Codecido*

Las recientes protestas han visibilizado aún más la necesidad de que no solo los representantes del Gobierno y la oposición, sino también las bases se reconozcan y se sienten a discutir sobre aquellos problemas que nos afectan a todos como sociedad. A continuación algunos conceptos que esclarecen cómo se da un proceso de diálogo

La filósofa alemana Hannah Arendt acuñó el término *mal banal* para referirse a aquellas acciones o conductas a todas luces *malas*, que no eran construídas a través de sentimientos humanos como envidia, miedo, odio, rencor o resentimiento. Conductas que son malas, que pueden ser perversas, pero que tienen su origen en algo distinto al mal más cotidiano.

Arendt atribuye este fenómeno a la ausencia de pensamiento en algunos sujetos pues pensar, para ella, implica necesariamente un acto reflexivo en el que el sujeto dialoga consigo. Ese diálogo se convierte en un escrutinio constante, un examen de nuestras propias convicciones e ideas más íntimas, lo que nos obliga a hacerlas pasar por juicios minuciosos, y de los cuales nuestras convicciones *más sólidas* pudieran salir mal paradas.

Algo similar a lo que hacía Sócrates con su daimón, esa suerte de espíritu con el que decía dialogar de forma periódica.

Esto tiene, como es obvio, varias consecuencias. En primer lugar, ejercitamos nuestra propia voz *interior*; la que, si bien somos libres de obedecer o no, en la medida en que se haga más audible tendrá más que decirnos sobre nuestras acciones. Además, este conversar constante con nuestra conciencia nos coloca con mayor facilidad en el lugar del *otro*, lo cual termina impidiendo que lo atropellemos, vejemos y, *más aún, que la banalidad del mal se haga presente*.

La pérdida de *juicio interno* puede darse en cualquiera, en mí, en usted, en quienes le rodean, en cualquiera que parece ser normal y cuya conducta no arroja datos excepcionales de ningún tipo.

Ahora bien, la irreflexión se da, usando categorías de Hannah Arendt, en tres niveles: nihilistas, dogmáticos y ciudadanos normales.

Irreflexivos nihilistas son aquellos que conciben un mundo sin valores universales a los que adherirse, por lo que todo termina siendo relativo, incluso la dignidad humana. *Los dogmáticos* se separan del nihilista al no poder vivir con la imposibilidad de asirse a un referente de valores, aunque estos no sean tales en realidad, por lo que se aferra a cualquier propuesta de pensamiento para conseguir seguridad y tranquilidad. En ellos, pensamos nosotros, la irreflexión se da no solo como un síntoma, sino como una necesidad. El pensamiento reflexivo, valga en este caso la redundancia, sería en ellos insoportable.

Pero son los últimos, *los irreflexivos entre los ciudadanos normales*, los que más nos inquietan ya que son ellos los que darán la legitimidad a los sistemas totalitarios, a las políticas de aquellos nihilistas o dogmáticos que dirijan estos regímenes. Ellos asumen las creencias y pueden incluso darles su anuencia, pero esto dentro de un proceso acrítico pues lo central acá es la conducta *no dialogante* del individuo.

En los tres casos la conciencia está presente como un ser extraño al cual, por no dársele conversación, no se le conoce y mucho menos se le puede llegar a obedecer.

¿POR QUÉ Y CÓMO DIALOGAR?

¿Usted quiere subvertir la polarización? Dialogue. Una vez lograda la deliberación de la que

hablaba Arendt el diálogo debe pasar a un siguiente nivel en el que nos re-encontramos con el otro, y a través de ese re-encuentro nos reafirmamos como parte de una sociedad.

El diálogo no se agota en los niveles más altos del poder, entre representantes del Gobierno y de la oposición. Es más, ni siquiera tiene que comenzar allí aunque pueda ser una señal positiva. Claro, mientras no sea constantemente echada por la borda con discursos de confrontación puesto que el diálogo requiere un proceso incluso de conversión de las formas y de la praxis.

Es mucho más subversivo el diálogo que surge desde las bases que superan y sobrepasan en madurez y ética a sus líderes. Subvertir un sistema de exclusión, de división, de extrañamiento entre hermanos, de dependencia a poderes económicos y políticos, exige un diálogo constante y profundo pero sobre todo masivo, primero en pequeños espacios, en barrios, urbanizaciones, universidades, consejos comunales. Espacios que luego vayan conectándose y creando nuevos discursos y nuevas dinámicas de construcción social.

Entre las ideas del cómo hacerlo se nos ocurren las siguientes, lo que no representa por supuesto una lista exhaustiva, sino sugestiva para el surgimiento de más y nuevas propuestas.

Los objetivos de las partes deben ser expuestos de la forma más clara posible, y aquellos que se mantengan en secreto entorpecerán por supuesto el acercamiento, y los resultados serán cualitativamente menos valiosos en la medida en la que más objetivos sensibles de las partes permanezcan silenciados o innegociables.

Una de las ideas que hay que superar es que en el conflicto venezolano hay dos partes. No solo hay actores distintos a los dos más claramente contrapuestos, sino que incluso aquellos dos no son homogéneos.

Lo que es justo para usted quizás no lo sea para mí. Lo mismo ocurre con lo que es bueno, y con el cómo definimos la felicidad. Pero el problema va más allá. ¿Ha tratado usted alguna vez de explicarle a alguien lo que es *el bien*, lo que es *la justicia*? Haga el ejercicio, busque un momento a solas y trate de explicarse a sí mismo con argumentos de qué se tratan todas esas cosas, así como sugería Arendt. Verá que no es fácil. Ahora imagine a millones de personas tratando de hacerlo y entenderá por qué a veces

es tan difícil construir una sociedad que se ponga de acuerdo en cosas que parecen tan evidentes. Aquello en lo único que podemos estar *todos* de acuerdo es, justamente, en que solo en esto podremos todos llegar a estar de acuerdo.

Una sociedad en la que todos están de acuerdo, en la que nadie se queja, en la que no se escucha disentir alguno, es una sociedad en la que probablemente muchos están callando, o están siendo callados.

Pero para dialogar hay que superar obstáculos y muchos de ellos están entre, y en nosotros.

OBSTÁCULOS PARA EL DIÁLOGO Y SEGOS COGNITIVOS

Yo no lo llevaré de la mano a las respuestas que yo me he dado a mí mismo, pero lo invitaré a usar mi marco de análisis para que se haga algunas preguntas.

La psicología cognitiva, esa que se encarga de estudiar cómo aprendemos, ha identificado lo que desde mi perspectiva son piedras de tranca para cualquier proceso deliberativo. Vamos a echarles un vistazo.

El llamado *sesgo de confirmación*, por ejemplo, a través del cual tendemos a favorecer información que sirva de prueba a aquello en lo que creemos o que deseamos, aunque esta no esté confirmada.

Lo contrario al sesgo anterior está representado en el *sesgo de la disconformidad*, que consiste en criticar más duramente o poner en duda con más energías aquello que pudiera rebatir nuestras creencias.

Conocida como *falacia del falso dilema* o, lo que es lo mismo, asumir que hay un dilema planteado entre solo dos actores que agotan todas las opciones de elección. Recordemos que ya hemos dicho que los actores no son solo dos y que esos dos más visibles no son homogéneos. No todos los chavistas son iguales, así como tampoco lo son todos los opositores. Pero el falso dilema no solo abarca a los actores, sino también a los métodos. Por ello es falaz pensar, como hacen algunos, que solo tenemos los caminos de la violencia y de la conformidad absoluta frente a nosotros. *Falacia de la causa simple* es atribuir una única explicación, y además sencilla, a fenómenos complejos. Explicar la delincuencia, el desabastecimiento o la corrupción,

con argumentos monocausales es un ejemplo cotidiano entre nosotros.

La *falacia del hombre de paja* es una de las más interesantes y quizás más difíciles de identificar. Por hombre de paja se hace referencia a aquellos muñecos de paja u otros materiales que se usan para practicar algún tipo de combate físico y que obviamente son fáciles de derrotar. Imaginemos que construimos una postura torpe y mal argumentada y la presentamos como la posición contraria a la que vencemos, sin inconvenientes, frente a nuestros acólitos que aprueban satisfechos.

El *sesgo de la defensa del estatus* es el sesgo que se hace presente cuando nos sentimos amenazados ante argumentaciones e interpelaciones que identificamos como amenazantes para nuestra posición y comodidades, lo que genera una actitud defensiva y de negación.

El *razonamiento anecdótico*, figura predilecta entre muchos de nosotros, a través de la cual se pretende dar un carácter general a un fenómeno desde casos puntuales o anecdóticos que no demuestran a priori la universalidad del mismo.

Y por último, quizás el más importante y que todos debemos buscar en nuestras posturas, el *sesgo del punto ciego* del que quizás todos padecemos en alguna medida. Consiste sencillamente en no ver nuestros propios sesgos y prejuicios.

Ahora bien, ¿dialoga usted consigo sus propias posturas?, ¿siente que algunos de estos sesgos o algunas de estas falacias están presentes en su análisis de país? Si usted se siente parte de uno de los polos contrapuestos en Venezuela, ¿cuáles sesgos o falacias identifica en la acera de enfrente?, ¿cuáles en la suya?

Y quizás la pregunta más importante, ¿qué recomienda para superarlos?

*Internacionalista, especialista en seguridad internacional.